Discurso del Decano – Apertura de la Jornada “Andrés Bello: Humanismo y Universidad”

Señora Rectora, profesora Rosa Devés, autoridades universitarias, estudiantes, amigas y amigos de nuestra casa de estudios, señoras y señores:

Con profundo orgullo y sentida emoción me dirijo a ustedes en el inicio de esta jornada dedicada a la figura y la obra de don Andrés Bello (1781-1865), maestro de generaciones, humanista eminente y primer rector de esta casa de estudios, uno de los intelectuales más notables de la historia latinoamericana y, sin duda, un pilar fundamental en la construcción cultural, jurídica y educativa de nuestro país.

Como se ha dicho, esta actividad ha sido organizada por la Cátedra Andrés Bello de la Facultad de Filosofía y Humanidades, el Archivo Andrés Bello y la Vicerrectoría de Extensión y Comunicaciones. También participan en este encuentro la Facultad de Derecho, la Facultad de Economía y Negocios y el Instituto de Estudios Internacionales, más un conjunto de colaboradores que con entusiasmo y generosidad han hecho posible que hoy estemos reunidos para este noble propósito.

No quisiera dejar pasar la oportunidad de agradecer y reconocer la gran dedicación y el excelente trabajo llevado a cabo por el profesor Joaquín Trujillo, académico de la Facultad de Derecho y ex estudiante de postgrado de nuestra FFHH, en la organización de este magno evento y destacar la perseverancia desplegada personalmente por él para lograr traer a puerto esta importante iniciativa.

Es para mí un honor darles en nombre de la FFHH la más cordial bienvenida a esta actividad universitaria dedicada a reflexionar sobre

la figura y la trayectoria de Andrés Bello, con ocasión de la conmemoración de los 160 años de su fallecimiento. Por cierto, no seré yo quien se permita detallar sus principales obras y los significativos aportes que hiciera a múltiples campos del saber y las ciencias. Para eso está este evento, que ha concitado la participación de notables especialistas en su figura y su trayectoria.

Supongo que no me equivoco al decir que un encuentro como este muy pocas veces tiene lugar en nuestro medio y que es infrecuente ver congregadas a tantas personalidades del altísimo nivel de las invitadas y los invitados que dialogaran en esta jornada en relación con el tremendo e invaluable legado del sabio americano; una herencia que trasciende su tiempo porque ayudó a forjar la identidad cultural y política de Hispanoamérica y a dotar a las nuevas repúblicas de instituciones jurídicas y educativas sólidas.

Pero, hoy evocamos no solo al sabio cuya inteligencia iluminó el siglo XIX, sino al visionario cuya huella sigue trazando el horizonte de nuestra vida intelectual y republicana. Andrés Bello, un nombre que, más que pertenecer al pasado, sigue dialogando con nosotros en el presente. No fue solo un prohombre de su tiempo, un polímata en el más estricto sentido de la expresión; en verdad, fue un verdadero constructor de futuro.

Por eso, recordar a Bello no es solo un ejercicio de mera conmemoración histórica. Es, más bien, un acto de reconocimiento activo a un pensamiento cuya vigencia sigue interpelándonos hoy. Su concepción humanista de la educación, su defensa de la lengua como vehículo de identidad común, y su firme convicción en la universidad como espacio público de formación ciudadana y de cultivo del saber, constituyen principios esenciales para nuestro presente y nuestro futuro.

Su modelo universitario -basado en el humanismo, el rigor científico y la vocación pública- sirvió además como referente para otras universidades latinoamericanas, que adoptaron principios similares en sus procesos de modernización. En su pensamiento, la universidad ocupa un lugar central: es el espacio donde el saber se ordena al servicio del bien común, donde la ciencia y las humanidades dialogan en favor del progreso, y donde se forjan las virtudes cívicas que sostienen la libertad y la justicia. Para él, la universidad debía ser el instrumento fundamental de la civilización: una institución que guiara la transición del orden colonial al republicano mediante la formación del carácter cívico, la difusión de la ciencia y el cultivo de las humanidades.

La relación entre Andrés Bello y la Universidad de Chile es uno de los vínculos más significativos en la historia intelectual y educativa de América Latina del siglo XIX. Más que un simple rector o fundador, Bello fue el arquitecto del proyecto universitario republicano chileno, concibiendo a la institución como el núcleo cultural, científico y moral de la nueva nación. Su pensamiento y su acción en torno a la Universidad de Chile ilustran con claridad su idea de que la educación era la base sobre la cual debía edificarse la república. Desde esa perspectiva, la universidad debía transformarse en una fuerza civilizadora, en un agente activo del progreso intelectual y moral de la sociedad. Ese ideal sigue siendo, hoy más que nunca, el horizonte que orienta nuestro quehacer universitario.

La impronta de Bello en la Universidad de Chile perdura hasta hoy. Su rectorado no solo sentó las bases organizativas y académicas de la institución, sino que también definió su misión pública y su rol nacional. El propio Bello resumió el espíritu de su proyecto al afirmar que la universidad debía ser “el alma de la nación”, encargada de ilustrar el entendimiento, cultivar el carácter y perfeccionar las instituciones. Bajo su liderazgo, la Universidad de Chile no fue

únicamente un centro de estudios, sino una herramienta fundamental en la consolidación del Estado republicano y en la creación de una identidad cultural autónoma. En su Discurso inaugural como rector, pronunciado el 17 de septiembre de 1843, definió la misión de la universidad como “la piedra angular del edificio republicano”

Ese ideal sigue siendo, hoy más que nunca, el horizonte que orienta nuestro quehacer universitario. Su enorme trabajo nos recuerda que la misión universitaria no se agota en la enseñanza, sino que implica una vocación más alta: la de ser conciencia crítica de la sociedad, depositaria de su memoria y artífice de su porvenir.

Hoy, casi dos siglos después, sus ideas siguen interpelándonos. En un mundo marcado por la incertidumbre y los cambios vertiginosos, la invitación de Bello a pensar con profundidad, a cultivar el lenguaje y a educar con sentido ético adquiere un nuevo significado. Mirar su obra no es, por tanto, un ejercicio de nostalgia, sino un acto de renovación: es volver a las raíces para proyectarnos con mayor fuerza hacia el futuro.

Que esta jornada sea, entonces, una oportunidad para releer a Bello desde nuestros desafíos contemporáneos, para dialogar con su pensamiento y para reafirmar el compromiso de nuestras instituciones con el saber, la justicia y el bien común. Que nos permita reconocer en Bello no solo a una figura histórica, sino a un compañero de camino en nuestra tarea común de hacer de la universidad un lugar donde el saber ilumine y transforme. Que esta jornada sea, pues, un tributo a su obra inmortal y, al mismo tiempo, un compromiso renovado con los ideales que él encarnó: el cultivo del saber, la formación del espíritu y la construcción de una ciudadanía ilustrada. Sigamos inspirándonos en la visión de Bello para que nuestra universidad continúe siendo, como él soñó, faro de razón, de justicia y de libertad. Muchas gracias.